

EL HOMBRE QUE SE EXTRAVIÓ EN LA LLUVIA

(David Rodríguez Gómez)

Muchos años después, condenado a cadena perpetua, Alexandre Bodía había de recordar aquella tarde remota en que Gabo encaminó sus pasos hacia la recepción. El Eurostars era entonces un hotel elevado entre las mágicas aguas de una isla en pleno corazón de las Rías Baixas, cuyo aliento atraía a turistas tan curiosos como si fueran a descubrir un vestigio de la era jurásica. Alexandre Bodía suspiró, maldijo su temblor de manos y dibujó una sonrisa para Gabo mientras pensaba que debido a su admiración por el escritor no podría hablar, que ni siquiera podría mencionar las cosas señalándolas con el dedo. Pero en este mundo el pensamiento no tenía encadenadas las acciones.

—Boas tardes, señor García Márquez, y bienvenido a nuestro hotel, donde podrá encontrar de todo —dijo Alexandre Bodía mientras dirigía su mirada hacia el cuenco de frutas que brotaba sobre la mesa de recepción—. Incluso naranjas redondas como la tierra.

Gabo sonrió y se quitó la gabardina en silencio.

—Le hemos reservado la habitación con mejores vistas. Le va a gustar —continuó Alexandre Bodía antes de disculparse—. Hace unos días el sol era radiante, pero hoy, ya ve el cielo, amenaza lluvia.

—Tengo entendido que Galicia es una tierra mítica —contestó Gabo al tiempo que guiñaba un ojo al joven recepcionista—. Y en las tierras míticas nunca sale el sol.

Embriagado por el comentario de Gabo, Alexandre Bodía se confesó fiel seguidor de su obra y loco de amor por Galicia y la lluvia. Gabo escuchaba sonriente al recepcionista mientras ideaba su plan.

—¿Y en qué está metido ahora, si no es indiscreción? —se atrevió a preguntar el recepcionista—. ¿Otro poema, una nueva novela o tal vez un artículo sobre esta región donde finaliza la tierra y comienza el mar?

Gabo encogió su sonrisa y, tras inclinarse sobre la mesa de recepción para ganar una distancia de confianza, le reveló que estaba ultimando un cuento.

—¡Un cuento! —exclamó Alexandre Bodía—. Me encantará leerlo cuando lo publique.

—No solo lo va a leer —susurró el escritor—, también lo va a protagonizar.

—¡Yo!

Gabo asintió con la cabeza.

—Empecé a escribir el relato en mi mente nada más entrar en este hotel.

—Mire —dijo Alexandre Bodía mientras se arremangaba la camisa—, se me están poniendo los pelos como escarpas. Creo que voy a desmayarme.

—No pierda el conocimiento. Aún tengo que contarle de qué trata.

—Dígame o me sentiré como aquel coronel que no tenía quien le escribiera.

Gabo volvió a sonreír mientras pensaba que Alexandre Bodía sería la víctima perfecta.

—Trata de un joven recepcionista condenado a cadena perpetua. Todavía no tengo claro el final. Pero si las vistas de mi habitación son tal y como pregona, estoy seguro de que las nubes lo resolverán.

Y Gabo se dirigió al ascensor dejando a Alexandre Bodía escribiendo las últimas notas del registro con los ojos húmedos de emoción.

Llovió toda la noche sin tregua. Incluso a la mañana siguiente las gotas seguían golpeando contra los cristales del restaurante del hotel donde Gabo, confortablemente sentado en una mesa, se escondía tras las hojas de un periódico para evitar que se le enfriara el desayuno mientras firmaba autógrafos. De repente su lectura fue interrumpida por una camarera.

—Perdone, señor, pero me han pedido que le entregue esta nota.

—Muy amable.

—¡Espero que le guste la bica!

—Está exquisita, pero me han servido un trozo demasiado grande.

—Ya sabe lo que dicen. Non hai pouco que non chegue nin moito que non se acabe — le espetó la camarera mientras se alejaba para atender a otros clientes.

Gabo fijó su mirada en el movimiento de la camarera antes de desdoblar la nota.

"Espero que las nubes le hayan revelado un final para su cuento. Alexandre Bodía".

El recepcionista, que fantaseaba con el relato encantado de permanecer para la posteridad como uno de los hermanos Vicario en "Crónica de una muerte anunciada", esperaba impaciente el acercamiento del escritor, que lo había ignorado por completo cuando pasó de camino al restaurante. La idea de protagonizar un escrito de García Márquez no le proporcionaba al recepcionista una pausa suficiente para pensar que en el cuento, al igual que en los pergaminos de Melquíades, podría esconderse su destino. Lo cierto es que Gabo tampoco se detuvo en la recepción cuando regresó del

restaurante a su habitación. Ni se despidió unas horas más tarde cuando dejó el hotel en un coche rumbo a un nuevo destino. Al recepcionista el desplante le pareció de una magnitud oceánica y pasó el resto del día incómodo, como si se le hubiera metido arena en los zapatos, en un estado de angustia solo roto cuando llegó el cambio de turno.

—Alguien te dejó un paquete —le dijo su compañera.

Al abrir el sobre Alexandre Bodía leyó el título de los folios que sostenía entre sus manos: "El hombre que se extravió en la lluvia". Como sabía que la habitación donde había sido escrito el relato no estaba ocupada, el recepcionista se refugió en ella para leerlo. El estilo de Gabo volvió a deslumbrarlo. Era la historia de un hombre que llevaba tres meses encerrado en la habitación del hotel sin permitir que nadie pasara. Incluso le dejaban las comidas a la puerta. Alexandre Bodía empezó a sentir el relato como un espejo y decidió atrincherarse en la habitación. Un día amaneció con un viento fuerte, que llenaba de frases la historia y que arremetió para desatar una tormenta con una potencia casi ciclónica, digna de anunciar el fin del mundo. Entonces el hombre se vistió por primera vez después de cien días de desnudez, salió de la habitación con su uniforme de recepcionista y abandonó el hotel en dirección a la lluvia, consciente en ese preciso instante de que no escaparía jamás de este relato y que todo lo escrito en estas páginas era repetible hasta la eternidad, porque los seres condenados a cadena perpetua entre las líneas de un relato no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra.